

---

# CONTINUIDAD Y RENOVACIÓN: LA ENCÍCLICA *LAUDATO SI'* DEL PAPA FRANCISCO

---

**P. Dr. Sergio Bernal Restrepo, SJ**

*Decano del Medio de la Facultad de Medicina de la  
Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá*

La publicación de la encíclica *Laudato Si'* del Papa Francisco ha suscitado toda clase de reacciones, en su gran mayoría muy favorables, dentro y fuera del mundo católico. Sin embargo, aún dentro de las manifestaciones de apoyo no ha faltado una lectura que parece no haber comprendido el objetivo buscado por el Santo Padre y, por ello se hace necesaria una lectura del documento con los criterios correctos que deben guiar su recta interpretación.

## ¿Novedad?

Ha sido casi unánime el parecer de que la Iglesia “por fin” se pronuncia sobre un tema tan fundamental como es el de la ecología. Tanto en esto, como en muchos otros temas tocados por el Papa en sus frecuentes intervenciones, hay que saber distinguir entre la temática misma, y el carisma de Francisco que, a veces, hace ver como novedoso algo que pertenece a la tradición eclesial en su contenido, pero que, gracias a ese carisma, viene presentado en una forma original, muy pastoral, al alcance del hombre de la calle. La lectura cuidadosa de la encíclica nos indica cómo ya de tiempo atrás el tema de la ecología estaba presente y es el mismo Papa quien hace referencia explícita al magisterio de sus predecesores.

Dando continuidad al discurso de algunos de los que lo precedieron en la cátedra de Pedro, Francisco toma de Juan XXIII el ejemplo de dirigirse a toda la humanidad, a hombres y mujeres de buena voluntad con los cuales compartimos el destino común, y así invita a un “diálogo con todos acerca de

nuestra casa común” (LS 3), para encontrar juntos “caminos de diálogo que nos ayuden a salir de la espiral de autodestrucción en la que nos estamos sumergiendo” (LS 163). De Pablo VI Francisco retoma el discurso sobre la gravedad de la degradación ambiental causada por la inconsiderada explotación de la naturaleza, y sobre todo, la idea de que si el crecimiento económico no va acompañado de un auténtico progreso social y moral, se vuelve en definitiva contra el hombre. Esta idea será central en la reflexión de Francisco. Aún más, Pablo VI considera la degradación ambiental “problema social de envergadura que incumbe a la familia humana toda entera” (OA 21).

Ya Juan Pablo II había lanzado la propuesta de la ecología humana (CA 38), dando al término un sentido que iba más allá del elaborado por la sociología. Con todo, la idea no fue ulteriormente desarrollada y por ello la contribución de Francisco resulta sumamente valiosa, sobre todo con la propuesta de la ecología integral. También habló Juan Pablo II de la mutua conexión entre todos los seres, realidad que fundamentará todo el discurso de *Laudato Si'*. Afirmaba el Papa que hay que tener en cuenta la naturaleza de cada ser y su mutua conexión en un sistema ordenado.

Benedicto XVI invitaba a asumir una visión integral, holística de la ecología, porque el libro de la naturaleza es uno e indivisible. Criticó, también, la dictadura del relativismo que niega cualquier verdad indiscutible que pueda guiar nuestro comportamiento. Más aún, en su encíclica sobre el desarrollo, *Caritas in veritate*, anticipa muchos de los contenidos de *Laudato Si'*: “El tema del desarrollo está también muy unido hoy a los deberes que nacen de la relación del hombre con el ambiente natural. Éste es un don de Dios para todos, y su uso representa para nosotros una responsabilidad para con los pobres, las generaciones futuras y toda la humanidad” (CIV 48).

Para profundizar en la continuidad del pensamiento de la Iglesia en esta materia puede ser útil recorrer muchos documentos en los que el tema ecológico fue tratado. Resulta notable, por ejemplo, comparar el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de Benedicto XVI en 2008, con *Laudato Si'*. Allí se habla de la casa común, y de la alianza entre el ser humano y el medio ambiente como un reflejo del amor creador de Dios.

Todos estos elementos entran en la encíclica de Francisco y son tratados con una extraordinaria profundidad que completa y enriquece el magisterio precedente. El Papa ofrece, además, si así podemos decir, una guía práctica que ayuda a aterrizar la reflexión antecedente y enfatiza la necesidad de educar para un cambio real.

Esta evolución es una característica fundamental de la doctrina social de la Iglesia que se va desarrollando a medida que procede la historia, acomodándose a las circunstancias cambiantes y orientando el camino de la humanidad para que los hombres “den una respuesta, con la ayuda también de la razón y de las ciencias humanas, a su vocación de constructores responsables de la sociedad terrena” (SRS 1).

No podemos negar que en muchos sectores de la Iglesia ha habido una actitud bastante generalizada de rechazo al que llamamos movimiento verde, en parte debido al radicalismo de muchos de sus representantes y su misma actitud agresiva ante el predominio del capitalismo depredador, lo que ha llevado a que los ecologistas hayan sido matriculados en la “izquierda”, simplistamente identificada con el comunismo. Tal vez por ello la opinión pública ha visto la decidida intervención de Francisco como algo novedoso.

## ¿Documento técnico?

El segundo error que se puede cometer al tratar la encíclica es el de quererla ver como un documento técnico, llegando, inclusive, a acusar al Papa de entrar en un campo que estaría fuera del magisterio de la Iglesia. Con todo, tratándose de un argumento complejo como es el de la ecología, era necesaria la contribución de la ciencia y por ello en la elaboración de la encíclica una buena parte tuvieron los entendidos en la materia para evitar un discurso demagógico sin fundamentación sólida. Es un caso claro del necesario diálogo entre la ciencia y la fe. La doctrina social de la Iglesia, precisamente por ocuparse del hombre y la mujer situados en el mundo y condicionados por el mismo, necesita en su elaboración de la contribución de las ciencias del hombre y también de las ciencias duras, como lo ha expresado el Papa: “Estos aportes de los Papas recogen la reflexión de innumerable científicos, filósofos, teólogos y organizaciones sociales que enriquecieron el pensamiento de la Iglesia sobre estas cuestiones” (LS 7).

Ya en su gran documento sobre la evangelización Francisco había dejado resuelta la duda sobre la necesidad de tratar temas que, aparentemente, quedarían por fuera de su oficio pastoral. Dice el Papa que: “Los Pastores, acogiendo los aportes de las distintas ciencias, tienen derecho a emitir opiniones sobre todo aquello que afecte a la vida de las personas, ya que la tarea evangelizadora implica y exige una promoción integral de cada ser humano.

Ya no se puede decir que la religión debe recluirse en el ámbito privado y que está sólo para preparar las almas para el cielo. Sabemos que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estén llamados a la plenitud eterna, porque Él creó todas las cosas «para que las disfrutemos» (1 Tm 6,17), para que todos puedan disfrutarlas. De ahí que la conversión cristiana exija revisar «especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común» (EG 182). Pero, además, era necesario contrarrestar una visión dominada por el paradigma tecnocrático que, reduciendo la compleja problemática a un aspecto solo, el técnico, deforma la realidad y hace imposible buscar soluciones adecuadas a la grave problemática que vive la humanidad y que está asumiendo dimensiones dramáticas. *Laudato Si'* es un documento pastoral que enriquece el patrimonio del magisterio social de la Iglesia. Todo él contiene una reflexión teológica que solamente se puede comprender en su totalidad de sentido en el contexto de la fe, pero que está dirigido a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a quienes se invita a comprometerse en la creación de un mundo nuevo.

## La perspectiva de los pobres

Otra característica fundamental para entender la encíclica es la preocupación por los pobres de la tierra que son, quizás, los más afectados por los cambios que se están dando en el mundo como efecto de un sistema depredador e inhumano movido casi exclusivamente por el valor económico que hoy ocupa el primer puesto en la escala. Aunque algunos tachen al Papa de tercermundismo, por su origen latinoamericano y por su compromiso, se olvida que la opción por los pobres, como tal, aunque fue formulada por los episcopados del continente americano, hunde sus raíces más profundas en el Evangelio. Más aún, con el magisterio de Juan Pablo II, esta opción entra a ser opción de la Iglesia universal. Se trata de “una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia. Se refiere a la vida de cada cristiano, en cuanto imitador de la vida de Cristo, pero se aplica igualmente a nuestras responsabilidades sociales y, consiguientemente, a nuestro modo de vivir y a las decisiones que se deben tomar coherentemente sobre la propiedad y el uso de los bienes” (SRS 42). Fiel a esa opción evangélica, Francisco lee la realidad desde la suerte de los empobrecidos por el sistema. Ya en *Evangelii gaudium* había dejado en claro que: “De nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación

por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad” (EG 86). Con su visión optimista propia del cristiano, el Papa nos ha recordado que el Señor creó el mundo para que lo disfrutemos. Pero la realidad de este mundo es que se ha convertido en el patrimonio de una minoría. Recientemente un informe de Oxfam reveló que la riqueza de los 62 multimillonarios más ricos del mundo es igual a la suma de la que posee la mitad de la población mundial. Me atrevería a decir que en la encíclica encontramos un pequeño tratado sobre la opción por el pobre, que constituye un magnífico complemento a cuanto ya habían afirmado los pontífices anteriores.

Hay que constatar con dolor que la oposición al Papa en algunos sectores de la Iglesia tiene que ver con esta opción y con las frecuentes críticas que Francisco ha hecho al sistema dominante. Como él mismo dice, desde la comodidad totalmente aislada de la realidad de los pobres resulta imposible comprender su situación. “Esta falta de contacto físico y de encuentro, a veces favorecida por la desintegración de nuestras ciudades, ayuda a cauterizar la conciencia y a ignorar parte de la realidad en análisis sesgados” (LS 49). De ahí que, como elemento esencial de esta opción aparece la necesidad de interpretar la realidad, desde su dramática situación.

## La contribución de Francisco

Como hemos visto, la doctrina social de la Iglesia está en continua evolución, como respuesta a las cambiantes situaciones que constituyen desafíos a la evangelización y a la fidelidad de los fieles cristianos al Evangelio en su vida cotidiana. Francisco ha vuelto a ponerla en primer plano de manera original. Ante todo, utilizando un lenguaje sencillo como debe ser el lenguaje de la evangelización. Al fin y al cabo la evangelización tiene como objetivo el cambio interior, la conversión no solamente de las personas, sino de las culturas como bien expresó Pablo VI. Cuando la Iglesia evangeliza trata de ayudar a los fieles cristianos a vivir el Evangelio y, por tanto, la interpretación de los textos bíblicos, por ejemplo, “no debería oscurecer o debilitar su sentido exhortativo, sino más bien ayudar a asumirlos con valentía y fervor. ¿Para qué complicar lo que es tan simple? Los aparatos conceptuales están para favorecer el contacto con la realidad que pretenden explicar, y no para alejarnos de ella. Esto vale sobre todo para las exhortaciones bíblicas que invitan con tanta contundencia al amor fraterno, al servicio humilde y generoso, a la justicia, a la misericordia con el pobre” (EG 194).

La simplicidad del lenguaje, sin traicionar el mensaje, es una de las características del carisma del Papa actual, algo que ha hecho que muchos que antes vivían en la indiferencia, comiencen a pensar en volver al Evangelio. Pero no será una lucha fácil volver a esa simplicidad evangélica en una Iglesia demasiado clericalizada en la que se prefiere utilizar un lenguaje que es más para una élite, que para el Pueblo de Dios. Pero se trata de algo más que de una cuestión lingüística. Francisco está proponiendo un nuevo modo de ser Iglesia, retomando las grandes líneas del Concilio Vaticano II.

Llama también la atención la manera cómo Francisco incorpora en su encíclica el magisterio de los obispos del mundo, siguiendo en esto el impulso que quiso dar el Vaticano II a la responsabilidad magisterial del episcopado, expresión de colegialidad, que, con todo, no había sido reconocida suficientemente, más aún, que ha encontrado fuertes resistencias por parte de muchos teólogos y de ambientes de la Curia Romana.

Pero, sobre las consideraciones anteriores, creo que lo más original de *Laudato Si'* es la invitación a tomar conciencia de la grave responsabilidad que todos tenemos en la construcción de un mundo que responda al diseño original del Creador. Porque no es la tecnología la que debe dar forma a este mundo, pues no es simple cuestión técnica. “Cuando nos interrogamos por el mundo que queremos dejar, entendemos sobre todo su orientación general, su sentido, sus valores. Si no está latente esta pregunta de fondo, no creo que nuestras preocupaciones ecológicas puedan lograr efectos importantes. Pero si esta pregunta se plantea con valentía, nos lleva inexorablemente a otros cuestionamientos muy directos: ¿Para qué pasamos por este mundo? ¿para qué vinimos a esta vida? ¿para qué trabajamos y luchamos? ¿para qué nos necesita esta tierra? Por eso, ya no basta decir que debemos preocuparnos por las futuras generaciones. Se requiere advertir que lo que está en juego es nuestra propia dignidad. Somos nosotros los primeros interesados en dejar un planeta habitable para la humanidad que nos sucederá. Es un drama para nosotros mismos, porque esto pone en crisis el sentido del propio paso por esta tierra” (LS 160).

## La lectura apropiada: una historia de Amor

“Para la tradición judío-cristiana, decir « creación » es más que decir naturaleza, porque tiene que ver con un proyecto del amor de Dios donde cada criatura tiene un valor y un significado” (LS 76). La encíclica *Laudato Si'*

expresa el sueño del Santo Padre: hacer de la creación, nuestra casa común, aquello que el Creador quiso desde el comienzo: “un proyecto de paz, belleza y plenitud” (LS 53). Ese sueño se ve amenazado por una humanidad cuyo pecado la ha convertido en el peor de todos los depredadores, estimulada por la avaricia, por el deseo de ganancia que se convierte en la principal motivación de la actividad productiva en sus variadas formas.

Podríamos hablar de *Laudato Si'* como de una historia de amor, una invitación a mirar nuestro mundo, nuestra casa común, como un don del amor de Dios, lo cual nos lleva a mirar toda la realidad como una caricia suya (cfr. LS 84). El Papa quiere ofrecer un complemento a las diversas búsquedas de sentido, es decir, no a buscar el origen del mundo, sino a tratar de darle un sentido maravilloso que ayude a generar un nuevo tipo de relación con él, a sentirse parte de él y a amarlo como a sí mismo, llegando hasta “convertir en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo, y así reconocer cuál es la contribución que cada uno puede aportar” (LS19). San Francisco de Asís es el guía en esta búsqueda, pero creo que en el fondo el Papa lleva impresa en su espiritualidad la propuesta de San Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales, de descubrir la presencia de Dios en todas las criaturas. Partir de las criaturas para llegar al amor de Dios.

En realidad, los relatos de la creación contienen enseñanzas muy bellas que, con el paso del tiempo se han ido desdibujando, pero que son redescubiertas por Francisco como un llamado a la gratitud, a la contemplación y a la conversión. Una vez completada su obra, vio Dios que todo era muy bueno. Esa bondad exaltada por el Creador estaba caracterizada, entre otras cosas, por la gran armonía entre todas las criaturas. Todas estaban interrelacionadas y, si podemos decirlo así, todas se necesitaban. Pero esa maravillosa solidaridad, pronto se rompió por el egoísmo de quien quiso ser como Dios. “La armonía entre el Creador, la humanidad y todo lo creado fue destruida por haber pretendido ocupar el lugar de Dios, negándonos a reconocernos como criaturas limitadas. Este hecho desnaturalizó también el mandato de «dominar» la tierra (cf. Gn 1,28) y de «labrarla y cuidarla» (cf. Gn 2,15). Como resultado, la relación originariamente armoniosa entre el ser humano y la naturaleza se transformó en un conflicto (cf. Gn 3,17-19). Por eso es significativo que la armonía que vivía san Francisco de Asís con todas las criaturas haya sido interpretada como una sanación de aquella ruptura” (LS 66).

Los efectos de esa ruptura son evidentes y constituyen un motivo de seria preocupación para quien ha entendido el origen y el destino de la creación, Pero, también aquí, hace falta discernir ante las exageraciones catastróficas de

unos y la indiferencia de otros, para descubrir nuestra vocación de reconstructores de la casa común. “El desafío urgente de proteger nuestra casa común incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar. El Creador no nos abandona, nunca hizo marcha atrás en su proyecto de amor, no se arrepiente de habernos creado. La humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común” (LS 13). No obstante el realismo con que Francisco describe la situación ecológica, como creyente que es mantiene la esperanza y la visión optimista de la humanidad que lo lleva a invitar a todos, sin distinciones de credos ni culturas, a construir el futuro del planeta.

La primera parte de la encíclica dedicada al “ver”, aunque está muy bien elaborada, sin embargo no presenta una gran novedad, a no ser, y ello debe ser resaltado, que se trate de una lectura de la realidad apoyada en datos objetivos dados por la ciencia, pero desde la perspectiva del creyente que no pierde la esperanza ante la tremenda realidad y descubre su responsabilidad ante la creación. Otra característica, como ya hemos afirmado más arriba, es la lectura de la realidad desde la suerte de los pobres, las mayores víctimas de la destrucción de nuestra casa común. Pero, todavía hay otra característica que hay que subrayar y que diferencia la lectura de Francisco de otras lecturas ambientales. Es la constatación del hecho que “[e]l ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos, y no podremos afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a causas que tienen que ver con la degradación humana y social. De hecho, el deterioro del ambiente y el de la sociedad afectan de un modo especial a los más débiles del planeta: «Tanto la experiencia común de la vida ordinaria como la investigación científica demuestran que los más graves efectos de todas las agresiones ambientales los sufre la gente más pobre» (LS 48).

Podría parecer una verdad de Perogrullo, pero una de las grandes contribuciones de la encíclica es esta constatación e insistencia en el hecho que el ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos y que debemos buscar en el factor humano la causa mayor de la degradación del ambiente físico cuyos efectos en el ambiente humano son evidentes, pero son ignorados o negados por quienes están dominados por el interés de la ganancia a cualquier costo. Ante quienes quisieran ver en el desastre ecológico causas puramente técnicas se hace necesaria una “apertura hacia categorías que trascienden el lenguaje de las matemáticas o de la biología y nos conectan con la esencia de lo humano” (LS 11).



Es doloroso constatar la resistencia que se hace desde distintas instancias a los intentos por hacer frente a la degradación ambiental cuyos efectos ya comienzan a sentirse con características alarmantes, como es el calentamiento global, la desaparición de los inmensos glaciares que hacen de reguladores climáticos, de los bosques, de las especies animales y vegetales, en fin, a todos los problemas analizados en esta parte de la encíclica.

## La correcta concepción de la ecología

Como respuesta-propuesta que pueda iluminar un camino hacia la solución del grave problema que vivimos el Papa invita a una seria reflexión, pero sobre todo a tener en cuenta todos los elementos que constituyen la ecología integral: “la íntima relación entre los pobres y la fragilidad del planeta, la convicción de que en el mundo todo está conectado, la crítica al nuevo paradigma y a las formas de poder que derivan de la tecnología, la invitación a buscar otros modos de entender la economía y el progreso, el valor propio de cada criatura, el sentido humano de la ecología, la necesidad de debates sinceros y honestos, la grave responsabilidad de la política internacional y local, la cultura del descarte y la propuesta de un nuevo estilo de vida” (LS 16). He aquí, entre otras cosas, el resumen de todo el documento de Francisco.

Una vez más vale la pena notar la continuidad entre la encíclica *Caritas in veritate* de Benedicto XVI y la reflexión de Francisco. Decía Benedicto que el preguntarse solamente por el cómo y no por el porqué del actuar, nos lleva a una concepción autosuficiente de la técnica (cfr. CiV 270). Es el resultado del paradigma tecnocrático que domina hoy día la investigación. La especialización de la ciencia y la técnica trae, sin duda, efectos positivos, pero es ambivalente y va fraccionando toda realidad haciendo imposible su correcta comprensión. “La fragmentación de los saberes cumple su función a la hora de lograr aplicaciones concretas, pero suele llevar a perder el sentido de la totalidad, de las relaciones que existen entre las cosas, del horizonte amplio, que se vuelve irrelevante. Esto mismo impide encontrar caminos adecuados para resolver los problemas más complejos del mundo actual, sobre todo del ambiente y de los pobres, que no se pueden abordar desde una sola mirada o desde un solo tipo de intereses. Una ciencia que pretenda ofrecer soluciones a los grandes asuntos, necesariamente debería sumar todo lo que ha generado el conocimiento en las demás áreas del saber, incluyendo la filosofía y la ética social” (LS 110).

La propuesta de una visión holística del problema ecológico es el camino para encontrar soluciones válidas, pero encuentra la fuerte resistencia de intereses y de ideologías que hay que poner en evidencia. La eficiencia se ha convertido en uno de los valores que dominan los procesos de producción con efectos negativos no solamente sobre el ambiente físico, sino sobre el humano. Piénsese, por ejemplo, en el desplazamiento de mano de obra que trae consigo la introducción de una máquina de alta complejidad. De ahí la importancia de la consideración de la interconexión entre todos los seres, idea que, como hemos visto, atraviesa toda la encíclica. En cualquier aspecto que consideremos encontraremos ese misterio de la interconexión entre todas las creaturas que supone un análisis integral, sobre todo, desde la perspectiva de aquellas más vulnerables hacia las cuales tenemos una grave responsabilidad. Con toda razón afirmaba Benedicto que “cuando el único criterio de verdad es la eficiencia y la utilidad, se niega automáticamente el desarrollo” (CiV 70).

La Biblia nos enseña que toda la obra maravillosa de la creación estaba ordenada al hombre y la mujer, imágenes del Creador. Pero, también esta verdad debe ser interpretada correctamente. Durante muchos siglos se fue generando una interpretación equivocada de la narración bíblica que enfatizaba más el dominio de la tierra que el cultivo del jardín. El primero, separado del gran mensaje del amor, terminó generando una concepción de la técnica como instrumento de dominio del ser superior sobre el inferior con los efectos que conocemos. En cambio el verbo “cultivar” conlleva el sentido humano de relación amorosa entre seres que están interpenetrados. Los grandes progresos científicos y técnicos han generado un sentido de autosuficiencia, rompiendo la necesaria relación a los valores y al sentido de toda la actividad humana. De ahí la necesidad de recuperar el sentido profundo del universo y de la presencia del hombre en él. “No podemos sostener una espiritualidad que olvide al Dios todopoderoso y creador. De ese modo, terminaríamos adorando otros poderes del mundo, o nos colocaríamos en el lugar del Señor, hasta pretender pisotear la realidad creada por él sin conocer límites. La mejor manera de poner en su lugar al ser humano, y de acabar con su pretensión de ser un dominador absoluto de la tierra, es volver a proponer la figura de un Padre creador y único dueño del mundo, porque de otro modo el ser humano tenderá siempre a querer imponer a la realidad sus propias leyes e intereses” (LS 75).

## Conclusión

Muchos son los aspectos que se podrían tratar, pero es necesario aceptar los límites de esta artículo y su objetivo de ayuda a una lectura que haga justicia al pensamiento del Papa.

*Laudato Si'* es una invitación que hace el Papa a la conversión ecológica. Hablar de conversión es la conclusión lógica del hecho que el fenómeno ambiental es, en gran parte, el resultado del actuar humano y su solución, por tanto, requiere un cambio de actitudes, de valores.

Francisco está volviendo a las fuentes de inspiración con la simplicidad del Evangelio a la manera del Santo de Asís. Evitando la apologética y, más bien con una actitud positiva, trata de superar desviaciones que en el curso de los siglos han contaminado la espiritualidad. Ya el Concilio trató de superar dicotomías y contradicciones como el desprecio por la materia y, por tanto, por el mundo, lo cual es abiertamente opuesto al mensaje original. “Tenemos que reconocer que no siempre los cristianos hemos recogido y desarrollado las riquezas que Dios ha dado a la Iglesia, donde la espiritualidad no está desconectada del propio cuerpo ni de la naturaleza o de las realidades de este mundo, sino que se vive con ellas y en ellas, en comunión con todo lo que nos rodea” (LS 216). En coherencia con la simplicidad de que hemos hablado, Francisco nos recuerda que “No se trata de hablar tanto de ideas, sino sobre todo de las motivaciones que surgen de la espiritualidad para alimentar una pasión por el cuidado del mundo” (Ibíd.).

Somos ciudadanos del mundo y generadores de cultura con nuestro actuar, pero, al mismo tiempo, víctimas, en cierta manera, de nuestra propia creación. Hoy día la cotidianidad está marcada por el consumismo en toda su complejidad, con el agravante que: “Los individuos aislados pueden perder su capacidad y su libertad para superar la lógica de la razón instrumental y terminan a merced de un consumismo sin ética y sin sentido social y ambiental” (LS 219). Esta realidad exige la conversión liberadora que nos ayude a redescubrir el sentido de la verdadera felicidad que no está en la posesión de objetos, sino en el “dominio”, es decir, en tomarlos como son en realidad, creaturas, medios para un fin, no fines en sí mismos. La relación con cada objeto debe estar marcada por la ética y por el sentido social. Esto último es fundamental en el contexto de la ecología integral. Mi relación con las cosas tiene un impacto en los demás y en mi relación con ellos. “La conversión ecológica que se requiere

para crear un dinamismo de cambio duradero es también una conversión comunitaria” (Ibíd.).

En estos últimos apartes de la encíclica se confirma la realidad de esa historia de amor que no solamente nos refiere a los orígenes, sino que nos hace tomar “amorosa conciencia de no estar desconectados de las demás criaturas, de formar con ellos una preciosa comunión universal” (LS 220). De ahí la toma de conciencia de la responsabilidad ante la creación. El mundo tiene que tomar conciencia de la dimensión social del problema ecológico: es causado por las personas y las instituciones e incide en ellas mismas comprometiendo el futuro de la humanidad. Más aún, la maravillosa interconexión entre todos los seres exige un discernimiento de cada actuación con un profundo sentido ético, midiendo las consecuencias sobre la totalidad. Los cristianos estamos llamados dar testimonio con nuestra vida de la coherencia con nuestra fe. La conversión, para que sea real, deberá traducirse en nuevos estilos de vida que constituyan un anuncio y una denuncia como corresponde a quien ha sido consagrado como profeta por el bautismo. “La espiritualidad cristiana propone un modo alternativo de entender la calidad de vida, y alienta un estilo de vida profético y contemplativo, capaz de gozar profundamente sin obsesionarse por el consumo” (LS 222). Hablamos mucho del bien común, pero a veces lo asumimos como algo dado del que podemos disfrutar. En realidad, el bien común es construcción social y consiste en el conjunto de condiciones que permiten a todos y cada uno realizarse según su vocación. Esa responsabilidad en la construcción del bien común descubre la dimensión civil y política del amor que “se manifiesta en todas las acciones que procuran construir un mundo nuevo” (LS 231).

Tenemos que superar las visiones apocalípticas, así tengan un fundamento real, para anunciar un mundo nuevo posible a cuya construcción puede ayudar la técnica, pero que no puede ser dejado a su simple lógica. El desastre ecológico es fruto del hombre y solamente el hombre podrá frenarlo, pero con la firme convicción que “Cristo ha asumido en sí este mundo material y ahora, resucitado, habita en lo íntimo de cada ser, rodeándolo con su cariño y penetrándolo con su luz. También el reconocimiento de que Dios ha creado el mundo inscribiendo en él un orden y un dinamismo que el ser humano no tiene derecho a ignorar” (LS 221). Estamos llamados, por tanto, a crear un mundo nuevo, en unión con todos los seres, respetando el orden querido por Dios, con una particular atención amorosa por los pobres, y confiando

en la acción de Dios que, como nos dice el salmo, es quien construye la casa y custodia la ciudad.

“Dios, que nos convoca a la entrega generosa y a darlo todo, nos ofrece las fuerzas y la luz que necesitamos para salir adelante. En el corazón de este mundo sigue presente el Señor de la vida que nos ama tanto. Él no nos abandona, no nos deja solos, porque se ha unido definitivamente a nuestra tierra, y su amor siempre nos lleva a encontrar nuevos caminos. Alabado sea “(LS 245).